La palabra bíblica, camino de Dios al hombre y del hombre a Dios

The Biblical Word, Way of God to Man and of Man to God

RECIBIDO: 8 DE ABRIL DE 2011 / ACEPTADO: 2 DE MAYO DE 2011

GONZALO ARANDA

Facultad de Teología
Universidad de Navarra. Pamplona. España
garanda@unav.es

Resumen: En la primera parte de *Verbum Domini* encontramos importantes orientaciones para comprender el concepto de «inspiración» aplicado a la Sagrada Escritura, aún reconociéndose la necesidad actual de una mayor clarificación. A partir de la mayor conciencia del horizonte trinitario e histórico de la Revelación impulsada por la *Dei Verbum*, se va exponiendo el valor de la palabra bíblica como Palabra del Dios que habla, en la perspectiva de la imagen cristiana de Dios y del Verbo hecho carne, y desde la consideración de la Escritura como parte muy especial de la Tradición viva de la Iglesia.

Palabras clave: Inspiración bíblica, *Verbum Domini*, Tradición y Escritura.

Abstract: In the first part of *Verbum Domini*, we encounter important orientations to understand the concept of «inspiration» applied to the Sacred Scripture, yet recognizing the actual need of greater clarification. From the greater consciousness of the Trinitarian and historical horizon of the Revelation provoked by *Dei Verbum*, the value of the biblical word as Word of God that speaks is being expounded in the perspective of the Christian image of God and of the Word made flesh, and from the consideration of the Scripture as a very special part of the living Tradition of the Church.

Keywords: Biblical Inspiration, *Verbum Domini*, Tradition and Scripture.

La primera parte de la Exhortación *Verbum Domini* (VD) dedicada a la Palabra de Dios en sí misma (*Verbum Dei*), expone, en el marco de la divina revelación, el ser y la naturaleza de la Sagrada Escritura como palabra del Dios que habla saliendo al encuentro del hombre (cap. 1), la respuesta del hombre a la Palabra de Dios en la fe (cap. 2), y cómo mediante la lectura adecuada de la palabra bíblica en la Iglesia (la hermenéutica) el hombre llega a Dios a través de la letra de la Escritura a la que ciertamente trasciende (cap. 3). En las otras dos partes de la Exhortación se describirá el encuentro entre Dios y el hombre por el camino de la palabra bíblica, primero en la vida misma de la Iglesia (*Verbum in Ecclesia*), después en los destinatarios de la misión que la misma Iglesia lleva a cabo por medio de esa palabra (*Verbum mundo*). Nos fijamos ahora en la primera parte, tratando de profundizar en el por qué y cómo la palabra bíblica es camino de Dios al hombre y del hombre a Dios. Pero para comprender mejor la enseñanza de la Exhortación convendrá tener en cuenta, aunque sea a grandes rasgos, algunos aspectos de la realidad de la Biblia en la Iglesia en el momento histórico actual, a los cuarenta y seis años de la publicación de la Constitución *Dei Verbum* (DV). Junto a los abundantes frutos producidos por la DV (cfr. VD 3), los padres sinodales señalaban también algunos retos pendientes acerca de la valoración de la Sagrada Escritura como palabra de Dios, y en cómo se ha de entender y desarrollar la enseñanza de DV.

I. ALGUNOS RETOS ACTUALES

1. *La aclaración de los conceptos de inspiración y verdad de la Sagrada Escritura y su incidencia en la interpretación*

En lo que respecta a la inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, el n. 19 de la Exhortación recoge la enseñanza de DV 9 y 11, señalando que el concepto de «inspiración» es «clave para comprender el texto sagrado como Palabra de Dios en palabras humanas», y que «cuando se debilita nuestra atención a la inspiración, se corre el riesgo de leer la Escritura más como un objeto de curiosidad histórica que como obra del Espíritu Santo, en la cual podemos escuchar la voz misma del Señor y conocer su presencia en la historia»¹. Pero

¹ Recoge expresamente las propuestas finales 5 y 12 expresadas por los Padres al final del Sínodo.

tras resaltar tan fuertemente la importancia de dicho concepto, añade que «hay que reconocer la necesidad actual de profundizar adecuadamente en esta realidad (la inspiración y la veracidad de la Biblia), para responder mejor a lo que exige la interpretación de los textos sagrados según su naturaleza». En esa perspectiva el Papa expresa el deseo de que «la investigación en este campo pueda progresar y dar frutos para la ciencia bíblica y la vida espiritual de los fieles»². Claramente se percibe, por un lado, la existencia de una laguna en la aclaración actual del concepto de inspiración, y, por otro, la necesidad de hacerlo apelando a DV como la base firme para dicha aclaración. Si uno de los objetivos del Sínodo era «verificar la puesta en práctica de las indicaciones conciliares» (VD 3), en el aspecto concreto de la comprensión de la inspiración y su incidencia en la lectura e interpretación de la Biblia parece existir todavía un cierto déficit.

Se dice que todavía falta la elaboración de un tratado completo de inspiración que desarrolle las orientaciones de DV y a la vez integre los resultados de la exégesis reciente en torno a la composición de los libros bíblicos y a la formación de la Biblia, e inserte las adquisiciones de los recientes métodos sincrónicos de análisis del texto bíblico que ponen su atención en el texto mismo y su lectura. Sin embargo se ha de reconocer que tras la aparición de DV se han publicado interesantes exposiciones acerca de la inspiración bíblica, en las que la Sagrada Escritura viene comprendida en el ámbito de la transmisión de la Revelación, se pone el énfasis en su carácter de palabra de Dios, se acentúa su vinculación a la comunidad, se ilumina desde la analogía con el Verbo Encarnado, o se amplía el concepto de inspiración extendiéndolo al texto mismo y al lector³. Ciertamente es también que quedan aspectos importantes pendientes de

² También en este punto la Exhortación recoge la petición de los Padres sinodales en la proposición n. 12: «El Sínodo propone que la Congregación para la Doctrina de la Fe aclare los conceptos de inspiración y de verdad de la Biblia, así como su recíproca relación, de modo que se comprenda mejor la enseñanza de la *Dei Verbum*». Actualmente, la Pontificia Comisión Bíblica está estudiando el tema centrándose, en una primera fase de estudio, en verificar en qué modo el tema de la inspiración y el de la verdad se manifiestan en los diversos escritos de la Sagrada Escritura. En la alocución que el Papa ha dirigido a los miembros de dicha comisión el 2 de mayo de 2011, vuelve a poner de relieve la importancia del concepto de inspiración recordando que «de hecho, una interpretación de los Sagrados escritos que descuida u olvida su inspiración no tiene en cuenta su más importante y preciosa característica, la de su procedencia de Dios».

³ Por citar algunas obras más cercanas a nuestro entorno, cfr. por ej. ARTOLA, A. M. y SÁNCHEZ CARO, J. M., *Biblia y Palabra de Dios*, Estella: Verbo Divino, 1992; MANNUCCI, V., *La Biblia como Palabra de Dios. Introducción general a la Sagrada Escritura*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1995; LEVORATTI, A., «La inspiración de la Sagrada Escritura», en LEVORATTI, A. y otros (eds.), *Comentario*

acларación, bien debido a falta de claridad en la misma Constitución *Dei Verbum*, bien a que no se ha logrado clarificar el paso desde lo que es palabra de Dios en la Ley y los profetas a cómo lo es en el conjunto de los libros que forman la Escritura⁴. Por otra parte, cualquier tratado adecuado de la inspiración deberá partir de la realidad de las mismas Escrituras, y dado que la interpretación de las Escrituras se halla siempre en desarrollo, también la comprensión de la inspiración debe estar de algún modo necesariamente *in fieri*⁵. Cuando los padres sinodales y Benedicto XVI en la Exhortación reclaman una necesidad de clarificación del concepto de inspiración en nuestros días no es tanto porque no exista ya una enseñanza magisterial al respecto⁶, o porque los estudiosos no se ocupen de ello y propongan explicaciones acertadas; lo que quizás sucede más bien es que esas explicaciones no han llegado a formularse en la forma conveniente para que los fieles puedan dar razón de su fe y de su esperanza en el momento actual, marcado por la intercomunicación entre distintas confesiones cristianas y por el contraste con los libros sagrados de otras religiones. O quizás, lo que late con más fuerza en el fondo es que el hecho de la inspiración no tiene la incidencia que debiera en la interpretación de la Bi-

Bíblico Latinoamericano, Estella: Verbo Divino, 2003; etc. Como síntesis y valoraciones de la bibliografía reciente pueden verse los excelentes artículos de V. Balaguer (BALAGUER, V., «La economía de la Palabra de Dios. A los 40 años de la Constitución dogmática *Dei verbum*», *Scripta Theologica* 37 (2005/2) 407-439, «La Economía de la Escritura en la *Dei Verbum*», *ibidem* 38 (2006) 893-939, donde expone de forma sucinta y clara las aportaciones de K. Rahner, L. Alonso Schökel, P. Benoit, P. Grelot, B. Sesboüé, P. Grech, W. Vogels, S. Schneiders, F. Martin y otros. Sobre la ampliación del concepto de inspiración cfr. ARANDA PÉREZ, G., «Inspiración: autor, libro, lector-oyente como inspirados. Implicaciones teológicas», *Estudios Eclesiásticos* 83 (2008) 271-304.

⁴ Así lo manifiesta por ej. el cisterciense americano, Denis Farkasfalvy en una obra reciente (cfr. FARKASFALVY, D., *Inspiration & interpretation: a theological introduction to Sacred Scripture*, Washington: Catholic University of America Press, 2010), en la que, entre otros aspectos, señala cómo la afirmación de *Dei Verbum* sobre los «verdaderos autores» no es fácilmente compatible con las proyecciones contemporáneas de la investigación sobre los orígenes de los libros bíblicos, o que presenta un redacción tan complicada de la frase acerca de la verdad de la Biblia que se abre a la posibilidad de una traducción e interpretación ambigua. En muchas traducciones, dice el autor, da la impresión de que la verdad se extiende sólo las afirmaciones que miran a la salvación. Y cita a BROWN, R. E., *The Critical Meaning of the Bible* (New York: Paulist, 1981, 18-19) que sostiene que la ambigüedad viene de una consciente «yuxtaposición de antiguas formulaciones más conservadoras con formulaciones recientes abiertas» (FARKASFALVY, D., *o. c.*, 187).

⁵ Cfr. COLLINS, R. F., «Inspiración», en BROWN, R. E., FITZMYER, J. A. y MURPHY, R., *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento y artículos temáticos*, Estella: Verbo Divino, 2004, 657.

⁶ En el mismo Catecismo de la Iglesia Católica el tema de la Sagrada Escritura y su inspiración divina ocupa un lugar apropiado. En él se recogen literalmente las enseñanzas de DV 11 sobre la inspiración, si bien se añade un punto que va a tener gran influencia: la afirmación de que la fe cristiana no es una «religión del libro», sino de la «Palabra de Dios» (n. 108).

blia, a pesar de las orientaciones dadas especialmente por la Pontificia Comisión Bíblica y el magisterio.

Ciertamente en los dos importantes documentos de la Pontificia Comisión Bíblica tras DV la inspiración ocupa un lugar relevante. El primero (1993) sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia, viene a desarrollar DV 12. Aunque en él se dice expresamente que «no pretende tomar posición respecto a la teología de la inspiración», ni «sobre otras cuestiones que se presentan a propósito de la Biblia» (Introducción A), sin embargo el concepto de inspiración está presente de manera fundamental al hablar de la interpretación en la tradición de la Iglesia, y especialmente al exponer «los sentidos de la palabra inspirada»⁷. En el discurso de presentación del documento, Juan Pablo II da unas directrices sobre la exégesis católica en continuidad con las encíclicas de León XII y Pío XII, mostrando cómo ambas encíclicas coinciden en la fundamental aunque cada una aborde problemas propios de su momento histórico⁸, y cómo la exégesis católica debe proseguir con renovado esfuerzo el estudio de los condicionamientos humanos de la Palabra de Dios. Si bien, dice el Papa, este estudio no basta: «Para respetar la coherencia de la fe de la Iglesia y de la inspiración de la Escritura, la exégesis católica debe estar atenta a no limitarse a los aspectos humanos de los textos bíblicos. Es necesario, sobre todo, ayudar al pueblo cristiano a captar más nítidamente la palabra de Dios en estos textos, de forma que los reciba mejor, para vivir plenamente en comunión con Dios»⁹. De modo semejante, el entonces cardenal Ratzinger, presidente de la Comisión, en el Prefacio de dicho documento, señalando los límites del método histórico crítico, afirma que su empleo «puede conducir a que solamente la dimensión humana de la palabra aparezca como real, mientras el verdadero autor, Dios, se escapa a la percepción de un método que ha

⁷ Cfr. por ej. el estudio de ARTOLA, A. M., «La inspiración bíblica en el Documento sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia», *Scripta Theologica* 27 (1995/1) 179-185.

⁸ Esta exposición papal es de gran importancia pues algunos habían querido ver una oposición entre ambas encíclicas: la primera dirigida a la defensa de la inspiración e inerrancia bíblicas; la segunda a impulsar la investigación atendiendo a los géneros literarios y abriendo así un camino totalmente nuevo para la exégesis católica. Sobre la polémica suscitada al respecto puede verse un artículo de Monseñor A. Romeo, profesor del Laterano, en el que atacaba, sin duda injustificadamente, al P. Alonso Schökel y otros profesores del Pontificio Instituto Bíblico que, según él, contraponían ambas Encíclicas y dejaban de lado la enseñanza de León XIII [cfr. ROMEO, A., «La Encíclica Divino afflante Spiritu y las “Opiniones Novæ”», en *Divinitas* 4 (1966) 378-456].

⁹ JUAN PABLO II, *Discurso en la presentación del Documento de la PCB «La interpretación de la Biblia en la Iglesia»*, n. 9.

sido elaborado precisamente para la comprensión de las cosas humanas». Aunque no emplea el término «inspiración» lo está suponiendo expresamente al decir que Dios es el «verdadero autor». Esto hace que «la palabra bíblica viene desde un pasado real, pero no solamente desde el pasado sino al mismo tiempo desde la eternidad de Dios. Nos conduce hacia la eternidad de Dios, pero, una vez más, por el camino del tiempo, al cual corresponden pasado presente y futuro». En el otro gran documento de la Comisión Bíblica —«El pueblo judío y sus escrituras en la Biblia cristiana» del año 2001— está presente asimismo el concepto de inspiración. Ya en la Introducción, el mismo Cardenal Ratzinger afirma que para superar la aporía de Harnack en su rechazo del Antiguo Testamento, la salida ha de ser «el concepto de una interpretación de los textos históricos... que parta del texto de la Biblia aceptado como Palabra de Dios». En el mismo documento, la autoridad de las Escrituras de Israel para Jesús y los hagiógrafos de los libros del Nuevo Testamento viene fundamentada en la «inspiración divina» de aquéllas, para lo que aduce los textos de 1 Ti 3,16 y 2 Pe 1,20-21 (n. 5).

Sin embargo en algunos sectores de la exégesis católica, a partir de la *Divino Afflante Spiritu* y especialmente tras el Vaticano II, la atención se había puesto de tal forma en explicar mediante el método histórico crítico las fuentes y formación de cada uno de los libros bíblicos y lo que quisieron decir sus autores en su época, que el carácter de inspirados quedaba prácticamente fuera de consideración. Así la Biblia quedaba viviseccionada, perdiéndose su unidad y haciéndola ajena a la reflexión teológica en la Iglesia. Ante tal predominio exclusivista de la metodología histórico crítica pronto surgieron voces señalando sus limitaciones e insuficiencia cuando se trata de aplicarla a la Biblia y denunciando los presupuestos ideológicos subyacentes, consciente o inconscientemente, en el empleo de tales métodos. Entre tales voces conviene recordar aquí la del Cardenal Ratzinger en un famoso discurso pronunciado en Nueva York en 1988¹⁰. Por otra parte, el concepto de «inspiración» apare-

¹⁰ Fue pronunciado en la iglesia de San Pedro de Nueva York, invitado por la Iglesia luterana, bajo el título «Biblical Interpretation in Crisis: On the Question of the Foundations and Approaches of Exegesis Today». Por su importancia ha sido recogido en diversas publicaciones recientes; cfr. por ej. RATZINGER, J. et alii, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Madrid: Palabra, 2003, 19-54. En él presenta un panorama bastante sombrío tanto para la exégesis protestante como para la católica, precisamente por estar imbuidas de presupuestos hermenéuticos filosóficos incompatibles con la fe. En cuanto a la exégesis católica considera que ciertamente «el Concilio Vaticano II no ha creado este estado de cosas, pero tampoco ha podido impedirlo. La Constitución sobre la Divina Revelación ha intentado establecer un equilibrio

ce tergiversado o minusvalorado en algunas hermenéuticas con las que se accede a la Sagrada Escritura aún dentro de la Iglesia¹¹. Hay que reconocer que, tanto en la exégesis académica como en la práctica pastoral, sigue dándose una disociación entre la lectura de la palabra bíblica hecha desde la crítica y aquella hecha desde la fe, como si se tratase de ámbitos irreductibles. Precisamente la Exhortación VD viene a poner en evidencia la integración de ambas dimensiones a partir de la naturaleza de esa palabra que siendo verdaderamente humana es a la vez palabra de Dios.

2. Necesidad de una hermenéutica de Dei Verbum no rupturista sino de renovación en la continuidad

Sin duda, en el fondo late la recepción e interpretación que se haga de la Constitución DV, que como ya se señalara en el Sínodo extraordinario de 1985, tratando de hacer un balance de la recepción del Vaticano II, DV «se ha descuidado demasiado» y que «hay que evitar una lectura parcial»¹². En con-

entre los dos aspectos de la interpretación, el análisis “histórico y la comprensión” de conjunto. Por una parte ha subrayado la legitimidad y aún la necesidad del método histórico... Pero el documento del Concilio quiere al mismo tiempo sostener firmemente el carácter teológico de la exégesis y ha indicado los puntos de apoyo del método teológico en la interpretación del texto: el presupuesto fundamental sobre el que reposa la comprensión teológica de la Biblia es la unidad de la Escritura. A este presupuesto corresponde como camino metodológico “la analogía de la fe”, es decir, la comprensión de cada texto a partir del conjunto». Pero ya con anterioridad a ese discurso se había denunciado la ruptura entre una exégesis académica y otra eclesial, abogando por una integración, como por ej. en el interesante artículo de F. Dreyfus (cfr. DREYFUS, F., «Exégése en Sorbonne, exégése en Église», *Revue Biblique* 82 [1975] 321-359). En ámbito protestante ya se había dado también una reacción, sobre todo en la obra de G. Maier (cfr. MAIER, G., *Das Ende der historischen-kritischen Methode*, 3 ed. Solingen, 1975, si bien sin integrar realmente los resultados obtenidos con tal metodología en el proceso de la fe. Cfr. ARANDA PÉREZ, G., «Crítica dogmática a la exégesis crítica (Presupuestos hermenéuticos de un teólogo protestante)», *Scripta Theologica* 10 (1978) 1097-1113.

¹¹ Podemos recordar a modo de ejemplos extremos significativos algunas formas de la teología de la liberación para las que la inspiración era comprendida exclusivamente como el impulso que da la palabra bíblica para la lucha contra la opresión de los poderosos (cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Libertatis nuntius. Instrucción sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación»* (6 agosto 1984); o, en una nueva versión, como impulso para la democracia (cfr. SCHUSSLER FIORENZA, E., *Democratizing Biblical Studies: Toward an Emancipatory Educational Space*, Louisville, 2009); o a la equiparación de la inspiración de la Biblia a la de otros libros religiosos de la humanidad, tal como denuncia la Declaración *Dominus Jesus* de la misma Congregación para la Doctrina de la Fe, del 6 de agosto del 2000.

¹² Cfr. *El Vaticano II, don de Dios: los documentos del Sínodo extraordinario de 1985*, Madrid: Promoción Popular Cristiana, 1996 (B. 1. a.).

creto, en el tema de la inspiración y su incidencia en la interpretación de la Biblia, se ha dejado a veces de lado lo que DV dice acerca de que Dios es su Autor principal, atribuyendo esta afirmación al compromiso con formas anteriores, ya superadas, de exponer la inspiración; mientras que se retiene como verdadera novedad y camino a seguir la afirmación de que los escritores de los libros son «verdaderos autores», entendiéndose prácticamente como exclusivos autores¹³. Y, junto a esto, se entiende además que la inspiración, en cuanto influjo divino, no ha de aplicarse a todo lo que los autores escribieron, sino únicamente a ciertos aspectos que tendrían que ver directamente con la salvación, pues sólo de ellos puede decirse que gozan de verdad. La expresión conciliar de que «puesto que todo lo que los autores inspirados o hagiógrafos afirman debe tenerse como afirmado por el Espíritu Santo... los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11), se interpreta, contra el sentir de los padres conciliares, en sentido restrictivo¹⁴. La inspiración, y en consecuencia la verdad de las Escrituras, quedarían limitadas a la finalidad salvífica de los escritos, no a su contenido en cuanto tal, es decir, a la palabra contenida en los libros, a la palabra bíblica. Ésta quedaría reducida a una palabra meramente humana, a interpretar únicamente con métodos de las ciencias humanas, si bien dicha palabra tenga una finalidad pretendida por Dios: la salvación.

Esta hermenéutica rupturista de DV fue uno de los puntos abordados por Benedicto XVI en el discurso que dirigió a la Curia Romana el 22 de diciembre de 2005¹⁵, señalando cómo efectivamente en una lectura superficial podría entenderse así, cuando en realidad se trataba de aspectos contingentes en DV que ciertamente suponían una novedad positiva en la Constitución y necesaria en su momento; pero manteniendo y desarrollando los elementos esencia-

¹³ Con frecuencia se insistió en que con DV se había liquidado el concepto de causalidad instrumental en cuanto explicación válida de la inspiración, tal como venía propuesto en documentos anteriores del Magisterio. Con ello quedó oscurecida la autoría divina de la Biblia, y como consecuencia inmediata la forma de interpretarla como mera palabra humana. Sobre el tema de la instrumentalidad en el Magisterio anterior y en *Dei Verbum*, cfr. ARANDA PÉREZ, G., «Una norma del magisterio de la Iglesia para el estudio de la Sagrada Escritura: Santo Tomás de Aquino, maestro y guía», *Scripta Theologica* 6 (1974) 399-438.

¹⁴ Sobre el sentido que tal frase tiene en *Dei Verbum*, cfr. ARANDA, G., «Acerca de la verdad contenida en la Sagrada Escritura (Una “quaestio” de Santo Tomás citada por la Const. “Dei Verbum”)», *Scripta Theologica* 9 (1977) 393-424.

¹⁵ Los otros dos puntos señalados en el discurso que «esperaban una respuesta» del Concilio son la relación entre Iglesia y Estado, y la relación entre fe cristiana y religiones del mundo.

les expresados en la tradición anterior¹⁶. Los aspectos nuevos eran el expresar explícitamente la verdadera autoría de los hagiógrafos y por tanto, la necesidad de aplicación de métodos que nos permitan conocer mejor lo que quisieron decir, y resaltar la finalidad salvífica de la Escritura frente a una comprensión estática como libro que contiene verdades. Los elementos esenciales seguían siendo que Dios es verdadero autor de la Escritura, y, por tanto, que la exégesis ha de apuntar a descubrir lo que Dios quiso decir por medio de los hagiógrafos, así como la veracidad de toda la palabra bíblica y su fuerza salvadora para quien la lee con fe. Estos elementos se mantienen y salen fortalecidos. Se trata, en efecto, de lo que el Papa llama «hermenéutica de la reforma» o «renovación en la continuidad del único sujeto-Iglesia que crece y se desarrolla en el tiempo».

3. *Verbum Domini en el momento actual de la Iglesia y de la exégesis*

En este punto hay que situar la Exhortación VD, en cuanto que aparece como el primer documento amplio del Magisterio pontificio acerca de la Sagrada Escritura, después de la promulgación de DV. Aunque como hemos señalado antes la Sagrada Escritura había sido objeto de consideración, tanto en documentos magisteriales como en la Pontificia Comisión Bíblica o en la Comisión para la doctrina de la fe¹⁷, la Exhortación se presenta con una importancia singular, no sólo por ser un documento de magisterio pontificio, sino especialmente por ser el fruto del Sínodo de Obispos, signo de la universalidad de la Iglesia, que se plantea expresamente el tema de la Sagrada Escritura en su vida y en su misión. A ello se ha de añadir también, sin duda alguna, la altura teológica del actual Pontífice y su trayectoria de implicación en la reflexión sobre la interpretación de la Biblia¹⁸.

¹⁶ En la respuesta que DV da a esa cuestión, como a las otras señaladas, el Papa reconoce que «podría emerger una cierta forma de discontinuidad y que, en cierto sentido, de hecho se había manifestado una discontinuidad». Pero enseguida señala que «hechas las debidas distinciones entre las situaciones históricas concretas y sus exigencias, resultaba que no se había abandonado la continuidad en los principios». En comprender la continuidad en los principios y la discontinuidad en lo que exigen las nuevas circunstancias está la verdadera hermenéutica de los textos conciliares.

¹⁷ En la nota 9 del n. 3 de la Exhortación se enumeran seis documentos pontificios y otros tantos de la Pontificia Comisión Bíblica.

¹⁸ Sobre la comprensión que Benedicto XVI tiene de la Sagrada Escritura y cómo responde a problemas particulares, puede verse el interesante estudio de Rausch (RAUSCH, Th. P., *Pope Benedict XVI: an introduction to his theological vision*, Mahwah, New Jersey: Paulist Press, 2009).

La Exhortación tiene toda ella un tono positivo; pero no deja de reconocer los riesgos que hoy tiene la exégesis cuando se pierde de vista el verdadero carácter de palabra divina y humana de la Sagrada Escritura. En concreto, previene, por un lado, del fundamentalismo que lleva a «interpretaciones subjetivas y arbitrarias» (n. 44), por otro, de una «hermenéutica secularizada» que excluye la posibilidad de intervención divina en la historia (n. 35)¹⁹. Tiene en cuenta estos peligros y sale al paso, no en un tono apologético, sino exponiendo los fundamentos razonables de la enseñanza de la Iglesia sobre la Sagrada Escritura. También en ello podemos ver la actualidad y el realismo de la Exhortación.

Cuando en VD 19 se aborda directamente el tema de la inspiración y verdad de la Sagrada Escritura puede dar a primera vista la impresión de que únicamente se repite, y en parte al pie de la letra, la enseñanza de DV 11, dejando a la investigación teológica la precisión de dichos conceptos. Sin embargo no es del todo así. En el conjunto de la Exhortación pienso que podemos encontrar pistas muy valiosas que suponen una interpretación del documento conciliar, al tiempo que marcan las orientaciones que hoy son necesarias para la comprensión de la Biblia en la Iglesia y su adecuada interpretación. Me referiré a las que me parecen más relevantes.

Considerando el camino recorrido desde DV al Sínodo de Obispos, el Papa señala, recogiendo la segunda de las propuestas finales del Sínodo, cómo «en particular, ha crecido en estos años la conciencia del “horizonte trinitario e histórico salvífico de la Revelación”, en el que se reconoce a Jesucristo como “mediador y plenitud de toda la revelación”» (VD 3)²⁰. Será pues en estas

¹⁹ En este sentido conviene recordar la intervención del mismo Benedicto XVI en el aula del Sínodo el 14 de octubre del 2008: «Existe también una segunda consecuencia aún más grave (la primera es convertir la Biblia en un libro del pasado): donde desaparece la hermenéutica de la fe indicada por la DV, aparece necesariamente otro tipo de hermenéutica, una hermenéutica secularizada, positivista, cuya clave fundamental es la convicción de que lo Divino no aparece en la historia humana. Según esta hermenéutica, cuando parece que hay un elemento divino, se debe explicar de dónde viene esa impresión y reducir todo al elemento humano. Por consiguiente, se proponen interpretaciones que niegan la historicidad de los elementos divinos. Hoy, el llamado mainstream de la exégesis en Alemania niega, por ejemplo, que el Señor haya instituido la Santa Eucaristía y dice que el cuerpo de Jesús permaneció en la tumba. La Resurrección no sería un hecho histórico, sino una visión teológica. Esto sucede porque falta una hermenéutica de la fe: se consolida entonces una hermenéutica filosófica profana, que niega la posibilidad de la entrada y de la presencia real de lo Divino en la historia».

²⁰ En esa misma propuesta decían los padres sinodales que «Todo esto ha permitido profundizar el valor infinito de la Palabra de Dios que se entrega a nosotros en la Sagrada Escritura, como testimonio inspirado de la revelación, que con la viva Tradición de la Iglesia constituye la regla suprema de la fe» (cfr. DV 21).

coordenadas del horizonte trinitario de la revelación por una parte y del horizonte histórico en el que se da, por otra, donde se sitúa, en efecto, el ser y alcance de la palabra bíblica.

II. LA PALABRA BÍBLICA CAMINO DE DIOS AL HOMBRE EN EL HORIZONTE TRINITARIO E HISTÓRICO DE LA REVELACIÓN

1. *La imagen cristiana de Dios*

La consideración del horizonte trinitario lleva a entender la palabra bíblica como «palabra del Dios que habla» según la imagen cristiana de Dios. A la luz del prólogo del evangelio de san Juan, hilo conductor de toda la Exhortación (cfr. VD 5), conocemos que Dios en sí mismo es un Dios en diálogo, en comunión. «No podemos quedarnos en la constatación de que Dios se nos comunica amorosamente», realidad expresada en DV 2, dice el Papa, sino que hemos de considerar la existencia eterna del Logos en Dios (VD 6). Dios para el cristiano no es un Dios solitario que se revela al hombre en un momento concreto de la historia. Se revela porque es en sí mismo diálogo, Palabra. «No ha habido nunca en Dios un tiempo en el que no existiera el *Logos*», recalca el Papa. «Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo». La imagen cristiana del Dios que habla es el Dios Trino, que nos sale al encuentro en Jesucristo, plenitud de la revelación²¹. Esto tiene unas consecuencias de primer orden para entender mejor la Revelación y la palabra bíblica.

En primer lugar, quiere decir que si Dios es *Logos* toda la revelación divina, que se realiza por el *Logos*, posee la racionalidad propia del *Logos*. El tema había sido tratado por Benedicto XVI en el famoso discurso de Ratisbona en que aborda la relación fe y razón en el discurso religioso. Si bien se refiere directamente a la fe cristiana o la fe bíblica, en el trasfondo del discurso está la consideración de la interpretación de la Biblia, en contraposición a la del Corán. «Para la doctrina musulmana, dice ahí Benedicto XVI, Dios es absoluta-

²¹ «En efecto, dirá hablando de la dimensión escatológica de la Palabra, como han recordado los Padres durante el Sínodo, la especificidad del cristianismo se manifiesta en el acontecimiento Jesucristo, culmen de la Revelación, cumplimiento de las promesas de Dios y mediador del encuentro entre el hombre y Dios. Él, que nos ha revelado a Dios (cfr. Jn 1,18), es la Palabra única y definitiva entregada a la humanidad». (VD 14, recogiendo la Proposición 4ª de los padres sinodales).

mente trascendente. Su voluntad no está vinculada a ninguna de nuestras categorías, ni siquiera a la de la racionalidad». En cambio, para la doctrina cristiana Dios actúa por su *Logos* eterno. Significa que toda la revelación está impregnada de racionalidad. También por tanto la Sagrada Escritura. Respecto a ésta el Papa ve precisamente una muestra de ello en la traducción de los escritos sagrados judíos al griego en la versión de los LXX, aceptada en un momento como canónica también por el judaísmo. Esto quiere decir que la palabra bíblica en cuanto revelación no está atada a las palabras de una lengua; lo que importa es el significado de la palabra, que puede expresarse en todas las lenguas de la humanidad; es decir, en todas las culturas, porque las trasciende.

El segundo aspecto en el que la imagen cristiana del Dios que habla nos ayuda a comprender mejor la palabra bíblica es que esa palabra se ha dado en la historia precediendo, acompañando y siguiendo el hecho histórico de la Encarnación del Verbo. El Verbo eterno preexistente en el seno del Padre nos ha dado a conocer el misterio de Dios, llevando a su culmen la revelación divina (cfr. Jn 1,18; Heb 1,1-2). Frente a esto la imagen judía o islámica de Dios están tan centradas en la unicidad divina que no admiten otra mediación que la palabra de Dios contenida en el libro (la Torah o el Corán) que Dios ha entregado en un momento concreto de la historia: a Moisés en el Sinaí, a Mahoma en una noche. Pero conviene señalar que también para estas comprensiones de Dios esa palabra preexiste en Él antes de comunicarse al hombre y ser puesta por escrito. Se ha dado lo que se viene llamando una «inlibración» de la Palabra divina; frente a la fe cristiana que habla de la Encarnación del Verbo eterno, verdadera Persona divina, en torno al cual ha surgido la palabra bíblica. Lo que se contrapone a Cristo en el Islam no es Mahoma, que aparece como un profeta superior a Cristo, sino el Corán como mediación divina. Algo parecido sucede con la Ley en el judaísmo al que se enfrentaba Pablo. Precisamente en torno a esa cierta preexistencia de la palabra admitida en el Judaísmo y el Islam puede plantearse un diálogo en profundidad con dichas religiones²².

En el sentido expuesto se ha de entender la expresión de S. Bernardo recogida en el Catecismo de la Iglesia Católica (n. 108), muy repetida entre los padres sinodales, y presente en VD 7, de que «la fe cristiana no es una “reli-

²² Cfr. GAMBERINI, P., «Incarnation at the Crossroad: The Doctrine of the Pre-existence of Jesus Christ in Dialogue with Judaism and Islam», *Irish Theological Quarterly* 73 (2008) 99-112.

gión del Libro”: el cristianismo es la “religión de la Palabra de Dios”, no de “una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo”». En realidad ninguna de las tres religiones consideradas como del libro lo son en el sentido de que el libro sea objeto de culto o adoración; sólo se adora a Dios. Pero las tres pueden llamarse religión del libro por el lugar que éste ocupa en sus enseñanzas y por la veneración en que se le tiene. La diferencia radica, como hemos dicho, en que para el cristiano la mediación entre Dios y el hombre es Cristo, Verbo Encarnado; para las otras religiones es el Libro. Creo interesante observar a este respecto que mientras en el Catecismo la idea de S. Bernardo se introduce para que el lector de la Escritura no se quede en la letra escrita, letra muerta, sino que llegue hasta Cristo, en VD se emplea con un «aunque», para precisar el sentido de la veneración de la Escritura en la Iglesia, y evitar que sea objeto de malentendidos fundamentalistas²³.

2. *La Sagrada Escritura en la analogía de la Palabra de Dios*

Esa dimensión trinitaria e histórica de la Revelación viene de algún modo desarrollada en la Exhortación a lo largo del capítulo dedicado a «Dios que habla». A esa Revelación se refiere normalmente con la designación «Palabra de Dios». Pero ya al inicio del capítulo, tras haber expuesto la imagen cristiana de Dios Trinidad de Personas, recoge la clarificación que había estado muy presente en el Sínodo, y que se encontraba ya en el *Instrumentum laboris*: la «analogía de la Palabra de Dios» (VD 7)²⁴. Viene a poner en claro que la Palabra de Dios es algo más que la Biblia. No se trata únicamente de notar que la misma expresión se utiliza con significados diferentes: el Verbo eterno, la creación, las leyes mosaicas y los oráculos de los profetas, Jesucristo la Palabra hecha carne, la predicación apostólica, la Sagrada Escritura y la expresión de la fe de la Iglesia. Lo importante es que «han de ser tratados con atención y puestos en relación entre ellos, ya sea desde el punto de vista de la

²³ «La Sagrada Escritura, el Antiguo y el Nuevo Testamento, es la Palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada. Todo esto nos ayuda a entender por qué en la Iglesia se venera tanto la Sagrada Escritura, aunque la fe cristiana no es una “religión del Libro”: el cristianismo es la “religión de la Palabra de Dios”, no de “una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo”» (VD 7).

²⁴ Esta perspectiva había sido desarrollada excelentemente por L. Scheffczyk (cfr. SCHEFFCZYK, L., «La Sagrada Escritura: Palabra de Dios y de la Iglesia», *Communio* (ed. española) 23 (2001/2) 154-166. Cfr. BALAGUER, V., «La economía de la Palabra de Dios. A los 40 años de la Constitución dogmática *Dei verbum*», *Scripta Theologica* 37 (2005) 426-427.

reflexión teológica como del uso pastoral» (VD 7). Nos interesa especialmente ver cómo se llega a la Sagrada Escritura, en qué reside su analogía con la Palabra de Dios, y cuál es su lugar en esa sinfonía de voces en las que se da la Revelación.

En el recorrido por las voces de esa sinfonía, el Papa señala la Sagrada Escritura al final, inmediatamente después de la palabra predicada por los Apóstoles y transmitida en la Tradición viva de la Iglesia. De ahí que también la Sagrada Escritura sea tratada al final de ese capítulo sobre el Dios que habla. Antes el Papa se ha detenido en contemplar la Palabra de Dios en la creación y en su dimensión cósmica (VD 8 y 9); la Palabra hecha carne en Jesucristo donde, además de voz, la Palabra adquiere un rostro («Cristología de la Palabra», VD 11-13); el carácter definitivo y escatológico de la Palabra en el acontecimiento Cristo (VD 14); y la unión indisoluble de la Palabra con el Espíritu Santo (VD 15-16). A la obra del Espíritu se debe que la Palabra de Dios se exprese con palabras humanas, tanto en el Verbo encarnado, es decir, en lo que Jesús dice y hace en su vida terrena, como en el anuncio hecho por la predicación apostólica, como finalmente en las Sagradas Escrituras, pues es él «finalmente, quien inspira a los autores de las Sagradas Escrituras» (VD 15). Esto lleva al Papa a dedicar el número siguiente a mostrar la importancia del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y en el corazón de los creyentes en su relación con la Sagrada Escritura, recogiendo así el deseo de los padres sinodales (VD 16). La analogía de la expresión «palabra de Dios» aplicada a la «palabra bíblica» se da en que ésta forma parte de la predicación apostólica que transmite la palabra de Cristo y sobre Cristo, Palabra definitiva de Dios al hombre. En ese marco es en el que la Exhortación aclara cómo la palabra bíblica es realmente Palabra de Dios (cfr. VD 18-19).

3. *La palabra bíblica fundamentada en la Tradición viva de la Iglesia*

Así tenemos por un lado que la Sagrada Escritura es la misma Tradición viva puesta por escrito en «un modo muy singular», se dirá; y, por otro, que esa misma Tradición es la que hace a la Iglesia tomar conciencia de que la Escritura es Palabra de Dios. «En definitiva, afirma el Papa, es la Tradición viva de la Iglesia la que nos hace comprender de modo adecuado la Sagrada Escritura como Palabra de Dios» (VD 18). En realidad recoge y amplía DV 11 que dice que la Iglesia tiene los libros de la Escritura como sagrados y canónicos *ex apostolica fide*.

En cuanto a lo primero, que la Escritura es la Tradición viva puesta por escrito, el Papa lo establece fijándose directamente en la Tradición apostólica. Recoge el n. 7 de DV: «los mismos Apóstoles y otros de su generación pusieron por escrito el mensaje de la salvación inspirados por el Espíritu Santo». Ahí radica el valor de la Escritura: es el testimonio apostólico de Jesucristo, que queda fijado en una palabra puesta por escrito. El mismo Espíritu que recuerda a los discípulos los hechos y dichos de la vida de Jesús y les hace comprender su significación, es el que los inspira al ponerlos por escrito. Es la conciencia que se refleja con claridad en el Evangelio de San Juan: «El Paráclito os recordará todo...» (Jn 14,28) y «estas cosas han sido escritas para que creáis...» (Jn 20,31). Esto quiere decir que sólo como derivación de la Palabra hecha carne en Jesucristo, y de la predicación apostólica como Palabra de Dios (cfr. 1 Tes 2,13), encuentra fundamento que la Sagrada Escritura sea «palabra de Dios». Y en cuanto que en la predicación apostólica quedan integradas las escrituras de Israel, también éstas entran en el ámbito de la palabra de Dios y son consideradas como tal. En definitiva, a partir de Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne.

Es verdad que en Israel ya existían una serie de libros considerados sagrados –luego veremos en qué sentido–; pero los que de ellos han pasado a formar parte de la Sagrada Escritura como Antiguo Testamento lo han sido por la tradición apostólica que arranca de Jesús. La formación del canon del Antiguo Testamento como colección cerrada de libros responde a un principio específicamente cristiano: que Dios ha dicho su Palabra definida en Jesucristo (cfr. Heb 1,1-2). No es que ya existiese una única colección formada de Escrituras que fuese asumida por los seguidores de Jesús, y que a ella se fuesen añadiendo los nuevos escritos que constituirían el Nuevo Testamento. Más bien es desde la predicación apostólica que proclama a Jesucristo muerto y resucitado «según las Escrituras» como esa misma tradición apostólica fue determinando los libros judíos en los que apoyar la proclamación cristiana. Ciertamente en esa determinación influyeron las colecciones ya formadas en el judaísmo del segundo Templo, y se requirió un largo y complejo proceso que no podemos dejar de tener en cuenta.

La tradición apostólica recogida en el Nuevo Testamento no determina con exactitud qué escritos del pueblo judío habrían de pasar a ser Sagradas Escrituras, como Antiguo Testamento, en la Iglesia. La Tradición viva lo irá precisando no sin experimentar vaivenes y dificultades debido a veces a una comprensión insuficiente, como la de san Jerónimo, en el sentido de pensar que la

tradición apostólica coincidía con la llamada «*veritas hebraica*»; algo que en realidad, en lo que respecta a los libros, nunca se dio hasta el s. II d. C. En definitiva hay que decir que también el Antiguo Testamento lo debemos a la Tradición viva de la Iglesia. Aunque los libros que lo componen ya estuviesen escritos con anterioridad, podemos decir que en cuanto pasan a ser Antiguo Testamento quedan incluidos en lo que la Tradición viva nos ha dejado como escritos sagrados. En este sentido han pasado a ser palabra bíblica y se han convertido en camino de Dios al hombre a través de Jesucristo y de la predicación apostólica. Por otra parte, los mismos libros del Nuevo Testamento llegan a ser un conjunto cerrado por la conciencia en la Tradición viva de que la transmisión autorizada de la palabra de Jesús y sobre Jesús concluye con la muerte del último apóstol; al margen de la autoría concreta de los libros. A partir de ahí se comprende la unidad de las Escrituras en lo que el Papa insistirá a lo largo de toda la Exhortación, trayendo preciosos textos de los Padres en este sentido. La Escritura es una porque uno solo es el Verbo que resuena en todos los escritos (cfr. VD 39). A partir de ahí se que comprende mejor la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y en qué consiste la originalidad de la lectura cristológica del Antiguo, que el Papa expondrá más adelante en el n. 40.

El segundo aspecto en torno a la palabra bíblica en relación con la Tradición es que esa misma Tradición hace a la Iglesia tomar conciencia de que la palabra bíblica es Palabra de Dios, camino de Dios al hombre (VD 18), algo que, como señalaba Benedicto XVI en el discurso al mundo de la cultura en el Colegio de los Bernardinos de París el 12 de septiembre del 2008, «no es naturalmente obvio». Podemos afirmarlo así en definitiva porque la tradición apostólica nos descubre que en la Escritura escuchamos a Dios que nos habla de Cristo, Palabra de Dios hecha carne. En efecto, en los libros del AT encontramos que «palabra de Dios» era únicamente lo que Dios había dicho a Moisés o a los profetas. Ahora en cambio, en la tradición apostólica, es la Escritura como un todo, la que da testimonio divino de Cristo. Ciertamente vemos que se ha operado un cambio significativo en la forma de entender cómo Dios comunica su palabra; cambio que afecta a la comprensión de la naturaleza de los libros de la Escritura como tales. Ese cambio, sin embargo, no proviene de Jesús ni de la tradición apostólica, sino que se había producido en ciertas corrientes del judaísmo a partir del s. III a. C. que entienden que Dios comunica sus decretos mediante libros de origen celeste. Bien sea porque tales libros son copia de tablas existentes en el cielo, bien porque han sido man-

dados escribir y dictados por algún ángel, bien porque el autor es elevado a un estado de trance en el que escribe. Son en general obras que suelen incluirse en la llamada «literatura apocalíptica» o «de revelación»²⁵. La novedad en la tradición apostólica, cuando habla de las Escrituras como un todo, no está tanto en el concepto que los apóstoles tienen de las mismas, común al del judaísmo de su tiempo, sino en la relación que establecen entre Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, y las Escrituras de Israel como un todo. Algo que procede sin duda del mismo uso que de ellas hiciera Jesús²⁶. Esa relación es la que marca en lo sucesivo el valor de las Escrituras para la Iglesia, su carácter de palabra de Dios en cuanto están asociadas a la Palabra encarnada, Cristo Jesús. La palabra bíblica, a partir de esa relación entre la Escritura y Cristo, es el camino en el que el mismo Cristo nos sale al encuentro.

Este último aspecto es importante para apreciar la palabra bíblica del AT en su verdadero valor, pues como señala Benedicto XVI «la argumentación basada en textos del Antiguo Testamento constituye para el Nuevo Testamento un valor decisivo, superior al de los simples razonamientos humanos»²⁷. A este respecto hay que tener en cuenta que, en efecto, los apóstoles recurren a la Escritura fundamentalmente de dos formas: La primera, la más originaria, para, desde la Escritura, comprender, explicar, justificar lo que había acontecido en Jesús de Nazaret. No podía ser de otra manera en el contexto religioso del judaísmo, donde, como hemos visto, las Escrituras como tales, presentaban el plan divino sobre el futuro del pueblo elegido y de toda la humanidad. Así, lo que había acontecido en Jesús de Nazaret, especialmente su muerte y exaltación, sólo era posible comprenderlo a la luz de las Escrituras²⁸. La segunda, sobre todo en ambiente cristiano gentil, para mostrar el valor de las Escrituras precisamente porque se habían cumplido

²⁵ Cfr. ARANDA PÉREZ, G., «El libro sagrado en la literatura apocalíptica», *Scripta Theologica* 35 (2003) 319-353.

²⁶ Jesús en ningún momento explica qué son las Escrituras o en qué consista su inspiración, pero sus palabras dejan entender que toda la Ley, hasta sus más mínimos detalles, ha de cumplirse en Él (cfr. Mt 5,18); que lo que dice la Escritura no puede fallar, es decir, no puede dejar de cumplirse (Jn 10,35); y que las Escrituras dan testimonio de Él (Jn 5,39).

²⁷ VD 40 citando el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, «El pueblo judío y sus sagradas Escrituras en la Biblia cristiana» (24 mayo 2001), 3-5.

²⁸ Cfr. 1 Cor 15,3-5; Hch 3,18; 2,24-25; 13,33; 2,15-16. Sin el recurso a la Escritura no podrían comprenderse tales acontecimientos: «En el misterio pascual se cumplen las palabras de la Escritura, o sea, esta muerte realizada “según las Escrituras” es un acontecimiento que contiene en sí un *logos*, una lógica: la muerte de Cristo atestigua que la Palabra de Dios se hizo “carne”, “historia” humana, hasta el fondo» (cfr. BENEDICTO XVI, Audiencia general 15 de abril de 2009).

en Cristo. A los cristianos venidos de la gentilidad en principio no diría mucho el recurso a las Escrituras de Israel, sino que lo importante para ellos era el Evangelio predicado acerca de Jesús y del Reino. El punto de partida entonces no es tanto la Escritura, cuanto lo acaecido en la vida de Jesús, especialmente su muerte y resurrección. Desde estos acontecimientos se iluminan las Escrituras y aparece su verdadero valor y sentido, porque todo ha ocurrido «para que se cumpliera la Escritura»²⁹. Esto significa que la revelación de Dios no se da ya ni exclusiva ni principalmente en aquellas Escrituras, sino en Jesucristo. Él es la Palabra de Dios hecha carne (Jn 1,14); quien nos ha «desvelado» (*diexégeto, enarravit*) al Padre (Jn 1,19). La palabra bíblica del AT, según la tradición apostólica, y dentro de la variedad que ésta presenta, no es otra cosa que camino de Dios al hombre para mostrarle a Cristo. Así el mismo texto del NT reconoce al Antiguo como palabra de Dios (cfr. VD 40).

4. *La palabra bíblica en la historia: Analogía con el Verbo encarnado*

Llegados a este punto en el que, gracias a la Tradición viva de la Iglesia, conocemos la Sagrada Escritura como palabra de Dios y su contenido preciso, llega el momento de reflexionar sobre el modo en que esto sucede. Cómo y por qué la palabra bíblica es palabra de Dios. La respuesta, como decíamos al comienzo, va unida al concepto de «inspiración», y así viene expresado en la Exhortación donde se califica de «inspirados» tanto a los autores de los libros como a los libros mismos³⁰. Sin embargo el Papa no se detiene en la exposición del proceso por el que Dios hace que un autor humano escriba palabra de Dios, como se hacía en el n. 11 de DV. ¿Puede ser significativo que no reproduzca el párrafo 11 de la Constitución conciliar en el que se habla de los

²⁹ Así las famosas citas de cumplimiento de Mateo (cfr. Mt 1,22; 2,15.23; etc.). Lo mismo se observa en el pasaje de los discípulos de Emaus: Jesús resucitado explica a los discípulos «lo que se refería a Él en todas las Escrituras comenzando por Moisés y por todos los Profetas» (24,26), y «les abrió el entendimiento» para que las comprendieran (Lc 24,44-45). Otros pasajes en esta misma línea son Hch 8,27-39 donde el servidor de la reina de Candace puede entender el pasaje de Isaías sólo cuando Felipe le anuncia el Evangelio de Jesús; Jn 2,22 donde se dice que los discípulos comprenden la Escritura sólo después de la resurrección de Jesús; etc. Cfr. ARANDA PÉREZ, G., «El concepto de “Escrituras” en el evangelio de Mateo y en la literatura apocalíptica», en CONTRERAS MOLINA, F. (ed.) *La Biblia en España. Homenaje a Antonio Rodríguez Carmona*, Estella: Verbo Divino, 2006, 135-157.

³⁰ Cfr. VD 5, 17, 19.

hagiógrafos como «verdaderos autores»? Quizás es, como decíamos al principio, porque todavía el concepto «inspiración» precisa de mayor claridad. En cualquier caso, el Papa utiliza el término «verdadero autor», aplicado únicamente a Dios, reconociendo al mismo tiempo «toda la importancia del autor humano, que ha escrito los textos inspirados» (VD 19).

Como medio para comprender de algún modo cómo la palabra bíblica es Palabra de Dios, el Papa propone fijarse en el misterio de la Encarnación. Lo hace en dos ocasiones: una como algo que «puede ser útil» para la comprensión de los fieles (VD 18); otra, como una sugerencia para profundizar en el significado de la inspiración (VD 19).

En la primera se trata de la analogía, «desarrolla por los padres de la Iglesia, entre el Verbo de Dios que se hace “carne” y la Palabra que se hace “libro”»; recogida en DV 13: «La Palabra de Dios, expresada en lenguas humanas, se hace semejante al lenguaje humano, como la Palabra del eterno Padre, asumiendo nuestra débil condición humana, se hizo semejante a los hombres». En *Divino afflante Spiritu*, donde por primera vez se acude a esa analogía, se introduce para mostrar la inerrancia³¹. En la Constitución conciliar esta analogía servía para poner de relieve la admirable «condescendencia» divina que ha querido hablarnos con palabras inteligibles acordes a nuestra capacidad de entender, pues se cuida de nuestra naturaleza. En el mensaje final de los padres sinodales se derivaba de ahí la consideración de que la palabra bíblica es «carne», «letra» y cómo «debido a esta dimensión “carnal”, exige un análisis histórico y literario»³². En la Exhortación, en cambio, esta analogía sirve para mostrar cómo la Escritura «aún en la multiplicidad de sus formas y contenidos, se nos presenta como realidad unitaria» (VD 18), pues uno es el Verbo de Dios, añade el Papa citando a S. Agustín³³. Como puede verse, la atención del Papa se centra ahí más directamente en el aspecto trascendente de la palabra bíblica asociándola al Verbo de Dios. Así termina el parágrafo señalando que «la Iglesia vive con la certeza de que su Señor, que habló en el pasado, no cesa de comunicar hoy su Palabra en la Tradición viva de la Iglesia y en la Sagrada Escritura».

³¹ «...las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas, se han hecho en todo semejantes al lenguaje humano, excepto en el error» (EB 559).

³² Mensaje final 5.

³³ Cfr. *Enarrationes in Psalmos*, 103, IV, 1: PL 37, 1378. Afirmaciones semejantes en ORÍGENES, *Iohannem* V, 5-6: SC 120, 380-384.

La segunda vez que el Papa sugiere atender a la analogía de la Sagrada Escritura con el misterio de la Encarnación, lo hace en referencia directa a la «inspiración»: Dice así: «También aquí podemos sugerir una analogía: así como el Verbo de Dios se hizo carne por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, así también la Sagrada Escritura nace del seno de la Iglesia por obra del mismo Espíritu. La Sagrada Escritura es “la Palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo” (DV 9). De ese modo, continúa diciendo, se reconoce toda la importancia del autor humano, que ha escrito los textos inspirados y, al mismo tiempo a Dios como verdadero autor» (VD 19). Aborda directamente el origen de la Sagrada Escritura en cuanto acontecimiento histórico, como lo fue la Encarnación del Verbo, poniendo de relieve dos aspectos de concordancia: la acción del Espíritu Santo y la dimensión histórica del surgir de la Escritura. Por ser acción del Espíritu los textos inspirados pertenecen a Dios como verdadero autor; por surgir en la historia se reconoce toda la importancia del autor humano que los ha escrito.

Entran aquí en juego aspectos esenciales para comprender cómo en la palabra bíblica Dios sale al encuentro del hombre. Únicamente quisiera referirme de forma rápida a algunos de ellos:

a) Afirmar que Dios es «verdadero autor» de esa palabra implica que en ella se contiene algo que no proviene del hombre y de su inteligencia; algo que nos es dado³⁴. En definitiva, se nos da la verdad sobre Jesucristo en quien se revela el misterio de Dios y del hombre.

b) Esa palabra se ha ido configurando en un proceso histórico, cuyo conocimiento nos es imprescindible para comprenderla adecuadamente. Un proceso que va desde la redacción de los libros particulares, que todavía no son Biblia ni pertenecen a ella, hasta su recepción y la formación del canon en sus respectivas etapas, cuando realmente se constituye la Biblia: «sólo en su unidad es Escritura»³⁵.

³⁴ Sobre este tema cfr. por ej. RATZINGER, J., «Discurso en la Investidura de Doctor “Honoris Causa” del Cardenal Joseph Ratzinger en la Universidad de Navarra», *Scripta Theologica* 30 (1998) 289-390.

³⁵ Discurso a la Pontificia Comisión Bíblica (23 de abril de 2009). En el Discurso al mundo de la cultura en París (12 de septiembre de 2009) afirma que «Siempre y sólo en la unidad dinámica del conjunto los muchos libros forman *un* Libro, la Palabra de Dios y la acción de Dios en el mundo se revelan solamente en la palabra y en la historia humana». Esta misma idea era expresada en el Documento de la PCB «La Interpretación de la Biblia en la Iglesia» hablando del acercamiento canónico: «Un libro no es bíblico sino a la luz de todo el Canon» (I c 1).

c) Todo ese proceso está insertado en la vida del pueblo de Dios. Hasta el punto de que como afirma el Papa hablando de la Iglesia como «lugar originario de la hermenéutica de la Biblia», ésta, la Biblia, «ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el “nosotros”, en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos» (VD 30)³⁶.

d) La palabra bíblica se conserva como tal en la Iglesia y por la Iglesia, asistida por el mismo Espíritu que la llevo a confeccionarla. Ciertamente la Biblia está ahí también como un monumento literario del pasado; pero fuera de la Iglesia o se desvirtúa la fuerza con la que surgió y su fin propio, o está llamada a desintegrarse. La palabra de las otras «biblias» fuera de la Iglesia o no son camino de Dios al hombre mediante Cristo (como la impropriadamente llamada «Biblia judía») o no son valoradas como la parte escrita de la Tradición viva que nos transmite a Cristo (Biblia protestante)³⁷.

e) La contemporaneidad de Cristo en la vida de la Iglesia. La expresión viene recogida de la *Veritatis Splendor* donde el Papa Juan Pablo II enseña que «la contemporaneidad de Cristo respecto al hombre de cada época se realiza en el cuerpo vivo de la Iglesia». Y afirma Benedicto XVI: «La relación entre Cristo, Palabra del Padre, y la Iglesia no puede ser comprendida como si fuera solamente un acontecimiento pasado, sino que es una relación vital, en la cual cada fiel está llamado a entrar personalmente» (VD 51). Es Cristo resucitado quien sigue hablando a su Iglesia, como muestra claramente el libro del Apocalipsis. La palabra de Jesús «Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo» (Mt 28,20) afecta a la palabra bíblica en la que ha quedado fijada por escrito la tradición apostólica, palabra de Cristo y sobre Cristo. En esa palabra escrita el creyente encuentra a Cristo y por Él al Padre en el Espíritu Santo.

³⁶ Lo expone con detenimiento en el Prólogo al primer tomo de Jesús de Nazaret, donde afirma que «El pueblo es el verdadero y más profundo “autor” de las Escrituras» y que El pueblo de Dios –la Iglesia– es el sujeto vivo de la Escritura; en él, las palabras de la Biblia son siempre una presencia.

³⁷ Un ejemplo significativo puede verse en la obra, muy difundida, de PELIKAN, J., *Whose Bible Is It. A Short History of the Scriptures*, New York: Penguin Books, 2005.

III. LA PALABRA BÍBLICA CAMINO DEL HOMBRE A DIOS A TRAVÉS DE JESUCRISTO Y LA IGLESIA

Si la palabra bíblica es camino de Dios al hombre, se trata de un camino que sigue abierto para que a través de él el hombre pueda encontrar a Dios. En VD el Papa muestra cómo encontrar y recorrer ese camino en el capítulo titulado «La respuesta del hombre al Dios que habla», y, más en concreto, en el dedicado a la «Hermenéutica de la Sagrada Escritura en la Iglesia». En la segunda y tercera parte del Documento, al exponer la Sagrada Escritura en la vida y en la misión de la Iglesia, ira mostrando cómo en efecto en ese camino se da el encuentro entre Dios y el hombre. Sólo quisiera ahora resaltar de forma rápida algunos aspectos presentes en la Exhortación, que me parecen más significativos a la luz de expuesto.

1. *La fe de la Iglesia*

La palabra bíblica es camino que lleva al Dios que se nos ha revelado en Cristo cuando se lee en la fe de la Iglesia, o dicho con palabras de la Exhortación, cuando se tiene a «la Iglesia como lugar originario de la hermenéutica de la Biblia» (VD 29). El Papa lo apoya no sólo en la tradición, citando a S. Buenaventura y a Sto. Tomás, sino también en que se trata de «algo requerido por la realidad misma de las Escrituras y por cómo se han ido formando en el tiempo» (*ibídem*). La realidad de las Escrituras, lo hemos visto, es la palabra de Cristo y sobre Cristo inspirada por el Espíritu Santo a los apóstoles. La palabra escrita contenida en los libros, además, ha cuajado en la vida del pueblo de Dios, en su fe y sus instituciones³⁸, a lo largo de sus diferentes etapas y ha llegado a ser palabra bíblica en el seno de la Iglesia.

Únicamente por tanto leída en ese mismo seno y desde la fe que llevó a determinar los libros como la Sagrada Escritura, es posible recorrer el camino que tales libros muestran, el camino que lleva a Cristo. «Sin la fe, concluye el Papa, falta la clave de acceso al texto sagrado». Y como consecuencias aplicadas a la exégesis, recalcará que su mismo status científico requiere la fe, y que en modo alguno haya de entenderse «la referencia eclesial como un criterio extrínseco al que los exegetas deben plegarse» (VD 29). Y en concreto, podemos decir, el dogma.

³⁸ El Papa vuelve a citar *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* III, A, 3.

2. *La unidad de la Escritura*

Unido y derivado de lo anterior está el hecho de que la palabra bíblica se abre como camino hacia el Dios Trino cuando se lee como lo que es: palabra bíblica; es decir cuando se tiene en cuenta la totalidad de la Escritura y su unidad. Es un aspecto resaltado en la Exhortación. De la «Unidad intrínseca de la Biblia» trata con detenimiento en los nn. 39-41, recogiendo el criterio hermenéutico señalado en *Dei Verbum* 12 y deteniéndose en mostrar las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y la importancia del Antiguo para los cristianos.

Separada del conjunto de la Biblia, la lectura de un libro, o más aún de un pasaje, es como quedarse en una etapa del camino sin llegar a la meta. La meta es Cristo tal como ha sido transmitido en la predicación apostólica, con la diversidad de matices con que ciertamente viene propuesto. Sólo pues teniendo en cuenta la unidad y totalidad de la Escritura se sigue el camino que conduce a Cristo y, por Él al Padre. Este aspecto se muestra especialmente relevante cuando a veces se proponen sólo unos ciertos textos como camino válido para el encuentro con Jesucristo.

3. *La acción del Espíritu*

Para que la palabra bíblica sea camino hacia Dios es necesario trascender la letra y leerla en el Espíritu. A ello dedica el Papa el n. 38 de la Exhortación mostrando que se trata de «un proceso que no es sólo intelectual, sino también vital, que reclama una total implicación en la vida eclesial, en cuanto vida “según el Espíritu” (Ga 5,16)», y explicando profundamente el texto de 2 Cor 3,6: «*la pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida*» en el sentido de que «el Espíritu liberador no es simplemente la propia idea, la visión personal de quien interpreta. El Espíritu es Cristo, y Cristo es el Señor que nos indica el camino». Y ese camino nos lo indica a través de la palabra bíblica que en definitiva es Él quien la ofrece a la Iglesia como su palabra actual.

IV. CONCLUSIÓN

La Exhortación VD contrasta abiertamente con planteamientos actuales que consideran la palabra bíblica desde perspectivas humanistas encontrando en ella muchas veces el fundamento de valores nobles a los que el mundo ac-

tual es especialmente sensible, incluidos valores de orden religioso. Ese contraste radica en definitiva en el punto de partida: la aceptación o no de que esa palabra, ciertamente humana, es a la vez palabra de Dios viva y actual por ser una palabra perteneciente a la Biblia inspirada y transmitida en la Tradición viva de la Iglesia, en la que Cristo nos habla mediante el Espíritu Santo. Sólo teniendo en cuenta esta perspectiva, resalta VD, se respeta la naturaleza íntegra de este libro como una unidad, y, en definitiva, puede mantenerse como tal. En realidad, si se prescinde de la inspiración pierde fundamento el canon bíblico. Benedicto XVI en la Exhortación se dirige ciertamente a quienes creen en ese carácter divino de la palabra bíblica, mostrando su importancia decisiva en la vida de la Iglesia y en la nueva evangelización; pero a la vez señala a cualquier lector de la Biblia un horizonte en el que pueda encontrar el verdadero sentido de la misma según su naturaleza propia, entre los libros religiosos de la humanidad.

Bibliografía

- ARANDA, G., «Inspiración: autor, libro, lector oyente como inspirados. Implicaciones teológicas», *Estudios Eclesiásticos* 83 (2008) 271-304.
- ARANDA, G., «Crítica dogmática a la exégesis crítica (Presupuestos hermenéuticos de un teólogo protestante)», *Scripta Theologica* 10 (1978) 1097-1113.
- ARANDA, G., «Una norma del magisterio de la Iglesia para el estudio de la Sagrada Escritura: Santo Tomás de Aquino, maestro y guía», *Scripta Theologica* 6 (1974) 399-438.
- ARANDA, G., «Acerca de la verdad contenida en la Sagrada Escritura (Una “quaestio” de Santo Tomás citada por la Const. “Dei Verbum”)», *Scripta Theologica* 9 (1977) 393-424.
- ARANDA, V., «El libro sagrado en la literatura apocalíptica», *Scripta Theologica* 35 (2003) 319-353.
- ARANDA, G., «El concepto de “Escrituras” en el evangelio de Mateo y en la literatura apocalíptica», en CONTRERAS MOLINA, F. (ed.), *La Biblia en España. Homenaje a Antonio Rodríguez Carmona*, Estella: Verbo Divino, 2006, 135-157.
- ARTOLA, A. M., «La inspiración bíblica en el Documento sobre la interpretación de la Biblia en la Iglesia», *Scripta Theologica* 27 (1995) 179-185.
- ARTOLA, A. M. y SÁNCHEZ CARO, J. M., *Biblia y Palabra de Dios*, Estella: Verbo Divino, 1992.
- BALAGUER, V., «La economía de la Palabra de Dios. A los 40 años de la Constitución dogmática *Dei verbum*», *Scripta Theologica* 37 (2005) 426-427.
- COLLINS, R. F., «Inspiración», en BROWN, R. E., FITZMYER, J. A. y MURPHY, R., *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo. Nuevo Testamento y artículos temáticos*, Estella: Verbo Divino, 2004.
- DREYFUS, F., «Exégese en Sorbonne, exégese en Église», *Revue Biblique* 82 (1975) 321-359.
- FARKASFALVY, D., *Inspiration & interpretation: a theological introduction to Sacred Scripture*, Washington: Catholic University of America Press, 2010.
- GAMBERINI, P., «Incarnation at the Crossroad: The Doctrine of the Pre-existence of Jesus Christ in Dialogue with Judaism and Islam», *Irish Theological Quarterly* 73 (2008) 99-112.
- LEVORATTI, A., «La inspiración de la Sagrada Escritura», en LEVORATTI, A. y otros (eds.), *Comentario Bíblico Latinoamericano*, Estella: Verbo Divino, 2003.

- MANNUCCI, V., *La Biblia como Palabra de Dios. Introducción general a la Sagrada Escritura*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1995.
- MAIER, G., *Das Ende der historischen-kritischen Methode*, 3 ed. Solingen: Theologischen Verlag Rolf Brockhaus, 1975.
- PELIKAN, J., *Whose Bible Is It. A Short History of the Scriptures*, New York: Penguin Books, 2005.
- RATZINGER, J. et alii, *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Madrid: Palabra, 2003, 19-54.
- RATZINGER, J., «Discurso en la Investidura de Doctor “Honoris Causa” del Cardenal Joseph Ratzinger en la Universidad de Navarra», *Scripta Theologica* 30 (1998) 289-390.
- RAUSCH, Th. P., *Pope Benedict XVI: An Introduction to his Theological Vision*, Mahwah, New Jersey: Paulist Press, 2009.
- ROMEO, A., «La Encíclica Divino afflante Spiritu y las “Opiniones Novæ”», *Divinitas* 4 (1966) 378-456.
- SCHEFFCZYK, L., «La Sagrada Escritura: Palabra de Dios y de la Iglesia», *Communio* (ed. española) 23 (2001) 154-166.
- SCHÜSSLER, E., *Democratizing Biblical Studies: Toward an Emancipatory Educational Space*, Louisville, Kentucky: Westminster John Knox Press, 2009.